

Una esquina problemática: el medio ambiente destruido y reconstruido de un barrio centroamericano, después de los disturbios Rodney King en Los Ángeles

Elana Zilberg

Resumen

Este artículo ha sido extraído de un estudio más amplio sobre las políticas espacio-culturales de un barrio inmigrante centroamericano, durante el periodo entre los disturbios Rodney King, en 1992, y el escándalo más reciente de la División Rampart del Departamento de Policía de Los Ángeles. Aquí se considera el plan de renovación “Reconstruir Los Ángeles” y las estrategias de prevención del crimen de las unidades anti-pandillas de Rampart “Recursos Comunitarios contra Maleantes de la Calle”, y las representaciones del espacio del barrio mencionado. Específicamente, examino cómo ambos proyectos —el de renovación y el del cumplimiento de la ley— emplean la expresión “comunidad” para reconstruir el medio ambiente en ruinas de Pico-Union y para allanar los conflictos y las contradicciones económico-espaciales de Los Ángeles (renovación, policía, comunidad, disturbios de Los Ángeles, inmigrantes centroamericanos y latinos).

1. Introducción

Los Ángeles contemporánea está íntimamente asociada con el ensayo de Frederic Jameson sobre

el *Hotel Buenaventura*, que Jameson identifica como el proyecto arquitectónico de un espacio postmoderno trivial. En ese artículo, el “hiperespa-

cio" del *Buenaventura* desaparece frente al culturalmente profundo "gran mercado chicano", localizado en la Avenida Broadway y la Calle 4^a, justo al este de las torres de vidrio de ese hotel (1984, p. 62). En este artículo, quiero ir al oeste del *Buenaventura*, a una esquina problemática, en un barrio centroamericano, en el distrito Pico-Union, situada en el centro de Los Ángeles, centro del capital financiero global. Mi propósito es ubicarlo y orientarlo — pese a cierta ironía ya que, según Jameson, la orientación espacial es, justo, lo que hemos perdido con el postmodernismo.

En los años de 1980, Pico-Union fue un punto de entrada importante para salvadoreños y otros centroamericanos, que huían de sus países, devastados por guerras civiles. Hoy, Pico-Union es el centro simbólico y demográfico de los salvadoreños en Los Ángeles. Digo simbólico, porque mientras éste es predominantemente mexicano y mexicano-americano, al mismo tiempo es el hogar de casi todas las organizaciones comunitarias centroamericanas, ha sido el escenario principal de sus protestas políticas y de su producción cultural y está saturado con los signos de esa diáspora. Las pupuserías, los vendedores de mango verde con limón y chile, las ventanas de las tiendas llenas de estatuillas parisinas de yeso de los santos populares de los centroamericanos y los servicios de mensajería y agencias de viaje a Centroamérica dominan el paisaje. Pico-Union es hogar de muchos emigrantes, que trabajan en los sectores de servicios e informal: porteros, empleados de hoteles y restaurantes, trabajadores del día, vendedores ambulantes y empleadas domésticas. Esta área también llamó la atención por los disturbios civiles de 1992 y por ser el centro del escándalo de la División Rampart del Departamento de Policía de Los Ángeles.

Este artículo ha sido extraído de un estudio más amplio sobre las políticas espacio-culturales de un barrio emigrante centroamericano, entre los disturbios Rodney King, en 1992, y el escándalo de la División Rampart del Departamento de Policía de Los Angeles (Zilberg, 2002). Aquí, me centro en las representaciones posteriores a los disturbios del espacio de Pico-Union. Considero las iniciativas de renovación "Reconstruir Los Ángeles" y las estrategias de prevención del crimen de las unidades anti-pandillas de Rampart, "Recursos Comunitarios contra los Maleantes de la Calle". Específicamente, analizo las formas cómo un mini-centro comercial, quemado y saqueado durante los disturbios, el ba-

rrío Pico-Union y la comunidad centroamericana que vive allí, se convirtieron en lugar de intervención masiva de las agencias particulares de renovación y aplicación de la ley. Mi perspectiva es, entonces, el medio ambiente destruido y reconstruido de una esquina particular, para lo cual recorro al romántico materialismo histórico de Walter Benjamin y su figura central, la ruina, en relación con la teoría urbana y arquitectónica reciente sobre el medio ambiente construido.

Mientras considero las estructuras que vienen a llenar el espacio, reconstruyendo el mini-centro comercial, enfatizo que no me limito a la forma construida, en un sentido restringido, la arquitectura, en un sentido literal, ni en el rol del diseño para implementar el *apartheid* espacial de Los Ángeles (Davis, 1990). Más bien, me preocupan las políticas espacio-culturales — los discursos y las prácticas — del urbanismo del capitalismo tardío, y las formas cómo estas políticas se apropian de la expresión idiomática "comunidad" para construir imágenes unitarias del espacio social, a través de una serie de exclusiones e intrusiones (Deutsche, 1996). En concreto, examino las relaciones de apoyo mutuo entre la renovación y la aplicación de la ley para facilitar nuevas relaciones de dominación, en Los Ángeles centroamericana postdisturbios. A través de un montaje de ruinas y de las obsesionantes memorias — los *saqueadores* y los *maleantes de la calle* —, exploro cómo la renovación y la vigilancia policial influyen en el ruinoso y reconstruido medio ambiente de este barrio centroamericano para allanar conflictos y contradicciones económico-espaciales de Los Ángeles.

Pico-Union es un espacio intensamente ocupado e imaginado, donde la administración de su población emigrante — trabajadores pobres y jóvenes — funciona para excluir y sumergir los mundos vitales que no son "el *mainstream* del consumidor estadounidense del capitalismo avanzado y neo-liberal" (Stewart, 2000, p. 1). Los barrios de emigrantes, tales como Pico-Union, son como sitios etnográficos claves, en los cuales se pueden observar la naturaleza opresiva de la reestructuración urbana contemporánea, los límites autoritarios de la democracia, y cómo ambos se combinan para manejar las presiones de la globalización.

2. El medio ambiente en ruinas

Pasemos, entonces, al "entorno en ruinas" de Pico-Union y al medio del disturbio Rodney King-

el mini-centro comercial quemado y saqueado de la esquina de Pico Boulevard y la calle Hoover. Un esqueleto negro de acero se levanta contra la torre de vidrio, al fondo los rascacielos del centro de Los Ángeles. En la acera, la figura de un hombre latino con la "cara hacia abajo" y las manos esposadas a su espalda. En el trasfondo, un equipo de telenoticias se esconde detrás de un vehículo blanco y negro del escuadrón del Departamento de Policía de Los Ángeles, y justo detrás de ellos, dos vehículos de los usados en la frontera de Estados Unidos con México, un bus del Servicio de Inmigración y Naturalización (INS) y un vehículo de la Patrulla Fronteriza, todos ellos esperan "dar a estas personas un jalón gratis de regreso a su país" (Mydans, 1992). La figura arrestada del emigrante latino —convertida luego en pie de foto de un periódico, "el saqueador latino", y absorbida en los titulares de los artículos de periódicos y revistas, "Más del 61% de los saqueadores arrestados eran latinos" (Rand Corporation, 1992) y "Casi una tercera parte de los sospechosos de los disturbios eran extranjeros ilegales" (U.S. Attorney General, Williams P. Barr, citado en Brimelow, 1992, p. 46)— se convirtió en el "demonio local" del país (Cohen, 1972), juzgado culpable de "transgredir la ley del lugar" (De Certeau, 1984, p. 11) de dos maneras: la propiedad privada y la soberanía nacional.

Tres meses después de los disturbios, un pequeño grupo de líderes comunitarios centroamericanos se reunió, en la intersección de Pico y Hoover, para dar una conferencia de prensa, frente al ruinoso mini-centro comercial. Después de los disturbios, los medios de comunicación y el movimiento anti-emigrantes habían explotado ruinas como ésta para construir narrativas nacionalistas, en las cuales la figura del "saqueador latino" se estaba convirtiendo en un poderoso tema político. Estos líderes centroamericanos esperaban construir sobre los bloques de cemento en ruinas algo más —para fines muy diferentes.

En las semanas que precedieron a la conferencia de prensa, el sitio había sido examinado de forma acuciosa por los pobladores. Un afroamericano, con su piel oscura, ennegrecida por la grasa y la suciedad de sus meandros sin hogar, con su pecho desnudo, sus pantalones flojos, sostenidos por una cuerda, emergió de los escombros de este cascarón con el apoyo de una barra de acero transversal. Cargaba este apoyo como un cristo, pues su peso reposaba sobre su espalda. Así salió hacia la siguiente estación del vía crucis. Enseguida, una fa-

milia llevó hasta las ruinas a una algarabía bullí-ciosa y explosiva de niños, quienes recolectaban entre las ruinas metal de desecho, que arrastraban con júbilo hacia donde estaba su padre. Contento, éste colocó el botín sobre la cama del camión. Una vez que su improvisado camión-furgoneta estuvo cargado hasta el máximo de su capacidad, abandonaron el sitio.

El día de la rueda de prensa, el liderazgo local salvadoreño se dispuso a minar los últimos desechos de las ruinas, antes de que la evidencia, el registro del fósil, fuera borrada por la niveladora, que ya se acercaba. El pretexto y el ángulo noticioso de esta conferencia de prensa era una queja: la ciudad no había hecho nada para despejar los escombros y comenzar a reconstruir. Pico-Union y su población centroamericana fueron los últimos en recibir atención y los recursos, proporcionados a raíz de los disturbios. La repentina llegada de la niveladora amenazó con frustrar la foto que su personal de comunicaciones había coreografiado. Intentaron desesperadamente mantener la mirada de los pocos periodistas que concurren, lejos de la niveladora, justo el tiempo suficiente para que su película fotográfica captara la imagen de las ruinas, antes de que éstas fueran niveladas. Los camarógrafos fueron urgidos a tomar sus posiciones con sus máquinas sobre sus espaldas, pero el zumbido del trasfondo era inconfundible.

Parados entre las ruinas y las cámaras fotográficas, estos activistas hicieron la siguiente relectura de la producción de dichas ruinas. Contra la imagen del saqueador latino, generada por los medios de comunicación e incrustada en la conciencia popular (televisual), estos líderes hicieron declaraciones juradas, en las cuales atestiguaron que el sistema policial y el Servicio de Naturalización e Inmigración se habían aprovechado de la confusión y la suspicacia generalizada, casadas por el saqueo para colaborar con el cerco y el registro de los apartamentos de los latinos, todo con el pretexto de buscar lo robado. En las calles y en estos apartamentos, de un solo cuarto y densamente poblados, cuando no encontraban lo saqueado, preguntaban por los documentos migratorios. Argumentaron que la gran mayoría de latinos entregados al Sistema de Naturalización e Inmigración habían sido arrestados, no por saquear, sino por violar el toque de queda, una orden vaga y confusa, aplicada de forma irregular y desproporcionada, en los barrios de emigrantes (Zilberg, 1999, p. 200).

La conferencia terminó con un llamado apasionado a reconstruir el barrio y con el anuncio de un foro comunitario, organizado precisamente para presentar las necesidades de la zona y de la comunidad centroamericana, a la agenda del alcalde Tom Bradley y al proyecto “Reconstruir Los Ángeles”, la iniciativa de renovación post disturbios, de Peter Ueberroth. Ese día, sin embargo, solo los medios de habla hispana estuvieron presentes. Uno de los periodistas lamentó que las organizaciones que habían convocado a la conferencia de prensa no contasen con recursos para hacer llegar su mensaje a toda la comunidad.

3. El medio ambiente reconstruido

Vayamos más allá de 1999 y del medio ambiente reconstruido de Pico-Union. Las ruinas han desaparecido; también desapareció la cerca con el rótulo “Se vende” alrededor del terreno baldío, una de las 250 propiedades registradas en el *Proyecto de predios baldíos* del plan “Reconstruir Los Ángeles”. Durante años, el único rastro que quedaba de la caída del mini-centro comercial fue una pared ennegrecida de los restos del edificio de ladrillo, la cual servía como telón de fondo. En 1999, en la esquina de las calles Pico y Hoover se levantó un nuevo *Jack in the Box*. Esa intersección de calles fue también un foco de atención del controversial mandato judicial contra la pandilla Calle 18, ejecutado por la unidad especial de represión contra las pandillas de la División Rampart “Recursos Comunitarios contra Maleantes de la Calle” (*CRASH*) (Pueblo de California *versus* Pandilla de la Calle 18. BC 190334 [1988]).

El mini-centro comercial en ruinas, que sirvió como apoyo central a la aparentemente fallida trata de los medios de comunicación, se convirtió en la zona central —casi el epicentro— de las estrategias de renovación de “Reconstruir Los Ángeles” y de la prevención del crimen de “Recursos Comunitarios contra Maleantes de la Calle”. Es evidente que la reconstrucción y la vigilancia policial son técnicas combinadas, que como las tecnologías

disciplinarias de Foucault “hacen posible la acumulación de capital” (1979, p. 220); además, aquí se observa hay una relación entre “los conceptos burgueses de derechos excluyentes de la propiedad privada y el legítimo control del Estado sobre los espacios urbanos” (Deutsche, 1996, p. XXI). De hecho, la “seguridad”, el último elemento de los “paquetes de inversión” de la estrategia para revitalizar los predios baldíos de “Reconstruir Los Ángeles”, fue tratada de una manera más abierta en un artículo editorial de *Los Angeles Times*, el cual insistió en que “para fomentar una mayor inversión, el gobierno federal debía promover también la seguridad pública y apoyar a las fuerzas de policía urbana” (2 de noviembre de 1992). Antes de comenzar a explorar las

profundidades de esta extraña coincidencia entre la representación cartográfica de las áreas foco de “Reconstruir Los Ángeles” y el Departamento de Policía de la ciudad y entre sus mapas de inversión y litigio, respectivamente, es necesario considerar qué tipo de “armonía socio-espacial” (Deutsche, 1996, p. 261) intentaban restaurar con estas técnicas para administrar el centro y su población emigrante.

Los barrios de emigrantes, tales como Pico-Union, son como sitios etnográficos claves en los cuales se pueden observar la naturaleza opresiva de la reestructuración urbana contemporánea, los límites autoritarios de la democracia, y cómo ambos se combinan para manejar las presiones de la globalización.

4. “Reconstruir Los Ángeles”

Regresemos entonces al *Jack in the Box*, en la esquina de Pico y Hoover y al proyecto de revitalización de terrenos baldíos de “Reconstruir Los Ángeles”. Pico-Union y la comunidad centroamericana ingresaron a la agenda de este proyecto. Carlos Vaquerano, uno de los líderes centroamericanos presentes en aquella conferencia de prensa, fue invitado a participar en la junta directiva comunitaria de dicho proyecto “Reconstruir Los Ángeles” y Pico-Union se convirtió en “Área No. 1” del proyecto de predios baldíos y la intersección de Pico y Alvarado, en el “Sitio No. 1” del paquete de inversiones. La esquina, el barrio y la comunidad se convirtieron así en un sitio de intervención masiva de renovación.

El discurso espacio-cultural de “Reconstruir Los Ángeles” construyó Pico-Union como un objeto de conocimiento particular: una zona abandonada, una

zona de necesidad y del pobre y aislado centro de la ciudad. Este discurso del centro subdesarrollado no era nada nuevo, pero derivó de la Guerra contra la pobreza del gobierno de Johnson, en los años sesenta. Sin embargo, lo nuevo era la privatización de la función del desarrollo, por no mencionar la focalización en las empresas minoristas y comerciales, y en el consumo más que en la producción. Regresaré a este último punto más adelante. Es necesario recordar que, en 1992, el aparato institucional del Estado capitalista de bienestar entró en sus últimos momentos, antes de que concluyera la “delegación” para mantenerlo, la cual se dio en 1996, con la aprobación de reformas de la legislación social (*welfare*). Los problemas del centro de la ciudad, que alguna vez requirieron de la acción estatal, ahora fueron vistos como resultado de la actividad del Estado. Lo que una vez fue la solución (políticas sociales activas), se había vuelto el problema (la dependencia). El Estado era ahora descrito como un agente improductivo. Por lo tanto, el desarrollo debía ser devuelto al mercado (al sector privado).

“Reconstruir Los Ángeles” fue un ejemplo conmovedor de la reprivatización de las funciones formalmente atribuidas al Estado. Reconstruir Los Ángeles fue a los disturbios de 1992 lo que la Agencia de Desarrollo Comunitario (*CRA*) fue a los disturbios de Watts, en 1965. Las dos entidades fueron establecidas por el alcalde Tom Bradley para responder a las necesidades post disturbios del centro de la ciudad. Pero mientras el segundo fue una agencia de la ciudad, el primero fue una organización privada. La publicidad de “Reconstruir Los Ángeles” está llena de frases peyorativas sobre el gobierno y se jacta de que “no es el gobierno, no son leyes, impuestos, los juzgados...”, sino que, más bien, es “la única *respuesta predominantemente privada* a una crisis cívica en la historia” (énfasis de la autora), y donde “el gobierno ha fracasado... la América empresarial ha respondido con gratitud”.

Eso no significa afirmar que el gobierno no tiene un papel en la renovación, pero es uno subordinado. Para citar al diseñador gráfico del logo con anillos de la organización, los tres anillos representan: “El trípode comunidad, gobierno y sector privado”. El gobierno ha sido, es cierto, incorporado. Pero mi preocupación aquí es el rol que “la comunidad” tendrá en la renovación. ¿Quién es “la comunidad”? Antes dije que “Reconstruir Los Ángeles” ya había abierto sus puertas a la “comunidad” centroamericana, al darle un puesto en su junta di-

rectiva. Quizá, por lo tanto, no puede ser acusado de falta de representación del liderazgo “comunitario” oficial de los afroamericanos, latinos y asiáticos —muchos de los cuales eran voces relativamente nuevas, en Los Ángeles, y nunca se habían sentado en la misma mesa con personajes como el gobernador de California o el ejecutivo de más alto rango del Banco de América, *ARCO* o *GTE*—. De hecho, esta no fue una pequeña hazaña para Carlos Vaquerano, quien primero vino a Los Ángeles para trabajar en el movimiento de solidaridad con Centroamérica, en contra del Estado y los intereses corporativos de Estados Unidos en El Salvador. Vaquerano dirige ahora el Fondo Salvadoreño Americano para el Liderazgo y la Educación (*SALEF*). La organización obtiene mucho de su apoyo de estos contactos corporativos, los cuales, Vaquerano argumenta, hizo a través de “Reconstruir Los Ángeles”. Entonces, mi preocupación aquí no es la representación *per se*, sino lo que “la comunidad” ha venido a reemplazar y con una exclusión muy particular.

¿Qué es lo que el vocablo “comunidad” viene a desplazar? El “*poder positivo de la comunidad*” (énfasis de la autora), para usar el lenguaje del tríptico organizacional de “Reconstruir Los Ángeles”, excluye al sector laboral y a los residentes del centro de la ciudad. Uno podría inferir la representación indirecta de los residentes del centro urbano en la membresía de los miembros del concejo de la ciudad, los líderes religiosos y los directores de las agencias —los representantes oficiales, aunque invariablemente no los residentes del centro de la ciudad. Pero, ¿dónde están los representantes oficiales del sector laboral, en la junta directiva de 80 miembros de “Reconstruir Los Ángeles”? El contrato social previo de la época Fordkeynesiana entre el sector empresarial, el gobierno y el sector laboral —desmantelado en los años de 1970 y 1980— ha sido reescrito por el sector privado, el gobierno y la comunidad.

Para estar seguro, el giro discursivo hacia la “comunidad” implica un “reconocimiento continuado de que algún grado de inclusión es necesario para asegurar un crecimiento estable del capital” (Harvey, 1989, p. 122). Sin embargo, parecería que si el sector empresarial es “persuadido de regresar al centro de la ciudad” (*Los Angeles Times*, 2 de noviembre de 1992), tendrá que ser sin los trabajadores organizados. Ciertamente, en el caso de “la comunidad” de emigrantes centroamericanos, esta es una exclusión notable. Evadir el hecho histórico de que los cen-

troamericanos son un sector significativo de la fuerza laboral emigrante barata, vital para la reestructuración contemporánea de la economía de Los Ángeles, es también ignorar la centralidad de su rol, en un recién revitalizado movimiento sindicalista, el cual estaba acumulando fuerza, en ese preciso momento, en la historia de Los Ángeles.

De hecho, Pico-Union es y era entonces la base del Comité Organizador de Conserjes por la Justicia, dominado por emigrantes. No sorprende que “Reconstruir Los Ángeles” haya sido atacado de forma severa por este proyecto laboral que, en su campaña de 1992, “L. A. debe trabajar para cada uno”, desafió la iniciativa de renovación —no solo por la falta de representación del sector laboral, sino por el no reconocimiento del fenómeno de los “trabajadores pobres” y por no abordar temas tales como la calidad del empleo y las prácticas laborales, en su lista de veintidós puntos “Qué pueden hacer las compañías” para revitalizar los vecindarios del centro de la ciudad (Justicia para los Conserjes 1992, Weinstein, 1992; Zellers, 1992).

Si bien el discurso espacio-cultural de “Reconstruir Los Ángeles” no reconoció a la “comunidad” centroamericana como la comunidad de los trabajadores pobres, una comunidad de consumidores potenciales sí estaba ansiosa por representarlos. Las estrategias de renovación de “Reconstruir Los Ángeles”, en el distrito Pico-Union se centraron en el “Concepto del consumo aglutinado” (*Shopping Cluster Concept*), el cual, en la intersección de las calles Pico y Hoover, se convirtió en un publicitado “paquete de inversión”. “Reconstruir Los Ángeles” cruzó los predios baldíos de Pico, Alvarado y Hoover con algunas variables geográficas, usando programas del sistemas de información geográfica (*GIS*). Fotografió el sitio, obtuvo información sobre los títulos de propiedad del suelo, contactó a sus propietarios y recogió información sobre la zonificación. Se suponía que iba a convencer a los inversionistas potenciales con la idea de que este barrio de emigrantes representaba “un mercado potencial de consumidores” y que los “negocios harían grandes ganancias, debido a que esta área abandonada estaba mal servida”. Estas promesas fueron respaldadas con “encuestas sobre las necesidades de la comunidad”, las cuales —al documentar las necesidades del consumo al por menor y del comercio— fueron, en realidad, encuestas de investigación de mercado. Los intereses de la expansión capitalista están expresados allí como las ne-

cesidades materiales fundamentales y esenciales de la comunidad. Esta llamada al sector privado para satisfacer una “demanda creciente... no atendida” es, luego de los disturbios, irónica, por decir lo menos. Mientras la figura del *saqueador latino* circulaba como un texto político para el movimiento anti-inmigrantes, en el mundo empresarial, los centroamericanos eran descubiertos como algo más que una fuerza de trabajo barata para el capitalismo global. Ahora, ellos eran también sujetos perfectos para el capitalismo consumista.

En el lenguaje de “Reconstruir Los Ángeles”, el *Jack in the Box* reconstruido, en la esquina de Pico y Hoover, es una historia exitosa, en términos del proyecto de predios baldíos. De hecho, hay que reconocer que esta esquina fue reconstruida. El *Jack in the Box* fue acompañado por dos supermercados medianos y por dos pequeños centros comerciales, uno nuevo y el otro reconstruido. Reconstruido, pero con qué fin. La “demanda creciente” de productos, desatada por la frenética y desordenada muchedumbre de *saqueadores* ha sido absorbida ahora por el discurso de la reconstrucción, que representa a los *saqueadores* y trabajadores como iguales, como un dócil público consumidor potencial. De hecho, otro de los líderes centroamericanos presentes en aquella conferencia de prensa, quien poco después sacó una maestría en administración de empresas, ahora hace presentaciones del consumidor centroamericano, en *power point*, en lugares tales como el exclusivo Club de la Ciudad de Los Ángeles, durante mucho tiempo el hogar de la élite empresarial de la ciudad. Los patrones de asentamiento y de consumo de la población centroamericana han hecho la agenda. Desde una perspectiva global, la estrategia de renovación de “Reconstruir Los Ángeles”, para Pico-Union, por lo tanto, refleja reestructuraciones económicas más amplias y fue forjada, como parte de la periodicidad del capitalismo tardío, en tres frentes: la privatización o delegación del Estado de bienestar, el incumplimiento del contrato social post-fordista con el sector laboral y el énfasis en el consumo más que en la producción.

5. La prescripción de la Calle 18

Ahora quisiera mirar el anverso de esta estrategia de renovación: las prácticas policiales y espacio-culturales de la unidad especial anti-pandillas (“Recursos Comunitarios contra los Maleantes de la Calle”) del Departamento de Policía de Los Án-

geles. *El delincuente de la calle* es para el medio ambiente reconstruido de Pico-Union lo que *el saqueador latino* fue para dicho medio ambiente destruido. Donde “Reconstruir Los Ángeles” propuso su “Estrategia de revitalización de predios baldíos”, el Departamento de Policía propuso una orden judicial contra la pandilla Calle 18. Los mapas preparados para la Unidad anti-pandilla de la Fiscalía, por el especialista de la ciudad en sistemas de información geográfica (*GIS*), para presentar al juez coincidían con la misma geografía del barrio de los mapas de inversión, producidos para “Reconstruir Los Ángeles”, por el mismo sistema.

Si alguien pudiera argumentar que en Los Ángeles postdisturbios, el medio ambiente destruido fue reconstruido, con dificultad podría argumentar que la policía fue reformada. En 1999, el fantasma del cuerpo lleno de moretes de Rodney King volvió a Los Ángeles, en la forma del cuerpo paralizado, acusado e injustamente encarcelado del emigrante centroamericano indocumentado, Javier Ovando. Sus perseguidores y acusadores pertenecían a la unidad de “Recursos Comunitarios contra los Maleantes de la Calle” de la División Rampart, la misma unidad que patrullaba el medio ambiente reconstruido de Pico-Union y cuyas declaraciones oficiales fueron usadas para apoyar la orden judicial de la Calle 18.

Aprobada en 1997, esta orden judicial usó leyes contra el orden público, la moral y la vagancia para restringir, legal y severamente, el derecho de libertad de movimiento y de libre asociación de los pandilleros, criminalizando así un comportamiento que, para otros, es un derecho civil garantizado. Esta orden judicial dio a la unidad especial de “Recursos Comunitarios contra los Maleantes de la Calle” un mandato bastante idealizado de poder disciplinario sobre el medio ambiente reconstruido de Pico-Union. Las prohibiciones para las pandillas — así como las campañas mediáticas del Servicio de Inmigración y Naturalización, en la frontera de Estados Unidos con México— son acciones espectaculares de legislación espacial, diseñadas para controlar un espacio políticamente marcado. Fundamentada en la Ley de Implementación de la Prevención del Terrorismo de Calle (*STEP*), combinada con leyes contra la vagancia, la orden prohíbe toda forma de asociación y comunicación entre dos o más pandilleros — ya sea que estén de pie, sentados, caminando, manejando, reunidos, presentes, silbando o haciendo gestos, en cualquier lu-

gar del espacio público. Es, por lo tanto, casi imposible no asociarse, según los términos de esta orden. Al igual que las acciones de la frontera, estas prescripciones son una reedición exagerada de las prácticas y los procedimientos ya generalizados sobre un territorio más extenso: el fichaje racial de jóvenes de color.

La orden de la Calle 18 asumió como territorio de operación la arquitectura y la geometría del barrio de los Hoover Street Locos, una de las cinco clicas de la Calle 18, que actúa en la División Rampart. La intersección de Pico y Alvarado fue identificada como un sitio estratégico de ese barrio. El discurso espacio-cultural que emerge del archivo de los seis volúmenes que recogen el caso, construye Pico-Union no como un “área abandonada” lista para la renovación, sino como una topografía violenta, en la cual una economía subterránea e ilegal estrangula al comercio local legítimo. Una serie de tres artículos de *Los Angeles Times* sobre la pandilla Calle 18, incluida como documentación suplementaria en el caso, refleja mucho del testimonio incluido. La serie dedica considerable atención al pequeño centro comercial de *Pico-Union Fiesta*, en la esquina sureste de Pico y Alvarado. La representación arquitectónica de dicho centro comercial, titulada en negritas, “Esquina problemática”, comienza de la siguiente forma: “Quemado hasta los cimientos durante los disturbios de 1992. Reconstruido, ahora enfrenta un peligro aún más insidioso: el tráfico de drogas, orquestado por la pandilla Calle 18...” (18 de noviembre de 1996).

En un diagrama del mini-centro comercial, el artículo divide la topografía de esta violencia, escena tras escena, alrededor de tres estructuras, que comprenden el centro comercial. La primera escena transcurre en la calle, los pandilleros patrullan Pico Boulevard para proteger a sus socios traficantes; frente a *King Taco*, un vigilante armado, veterano de la Guardia Nacional de Nicaragua, observa la actividad ilícita; dentro del restaurante, *La Casita de Don Carlos*, pandilleros y traficantes de droga toman cerveza, miran la actividad a su alrededor y salen a vender. El dueño está presente, indefenso. En la segunda, los traficantes de droga se alinean frente a la *Panadería El Pavo*, donde venden droga al tráfico de paso. En la tercera, el estacionamiento sirve como punto de observación para la policía, mientras los traficantes vagan por la acera y venden a clientes, que atraviesan el centro comercial en sus vehículos (*Los Angeles Times*, 18 de noviembre de 1996).

Esta serie deja con una imagen vívida del mini-centro comercial como un territorio ocupado, un espacio de resistencia de importancia estratégica significativa para la pandilla Calle 18, y por lo tanto, en la guerra a favor y en contra de las drogas. La pandilla ha sobrepuesto con éxito su economía contestataria, en el mini-centro comercial reconstruido, para lo cual usa la arquitectura del primero y así penetra en un mercado de consumo bastante distinto al del plan estratégico de “Reconstruir Los Ángeles”. Hay, pues, un choque entre dos ideologías empresariales competitivas y entre sus respectivos nichos comerciales: los consumidores públicos peligrosos *versus* los dóciles. Las señales escritas en el espacio construido son testimonio de esta economía mixta del barrio. El *graffiti* es visible en las paredes, detrás de las cercas de alambre y de las puertas de hierro con rótulos de “Prohibida la entrada”; y abajo y arriba, la publicidad de los comercios locales, que anuncian sus productos latinos (étnicos) —carne, lengua, pupusas, etc.— desfigurán incluso los rótulos de la herencia cultural ocasional del barrio. Esta zona, una vez “consumida” por los *saqueadores* y luego reconstruida, es ahora una zona comercial floreciente para los *maleantes de la calle*, esos “arquitectos empobrecidos del espacio social” (Blanchard, 1999, p. 502).

La orden utiliza un conocimiento geopolítico altamente localizado y hace un escrutinio intenso de las prácticas cotidianas de individuos particulares. De hecho, una fase crucial del desarrollo de la orden judicial es la identificación de los individuos peligrosos —quiénes son, dónde se mantienen, cómo podrían caracterizarse, su afiliación pandillera, su *moniker* (seudónimo o nombre de guerra), y cómo se ejercerá la vigilancia individualizada de ellos—. Este análisis de la pluralidad masiva de la pandilla, no muy distinto de las técnicas y los procedimientos que Foucault discute como “el principio de encerramiento”, cuyo propósito es violar disposiciones colectivas, su distribución, circulación y coagulación peligrosa (1979, pp. 195-

200). El primer y más importante principio de la prescripción es, por lo tanto, asegurar que estos pandilleros no tengan oportunidad para reunirse (*American Civil Liberties Union*, 1997). Sesenta individuos fueron identificados por de la orden de la Calle 18, en Pico-Union, y previene de “no mezclarse” con ellos, aunque sus efectos son generales y comprenden a todos jóvenes del barrio. En efecto, en ese espacio hay una gran coincidencia entre el significante (raza, etnia, edad, área geográfica, idioma, etc.) y el significado (membresía pandillera).

Desde una perspectiva global, la estrategia de renovación de “Reconstruir Los Ángeles”, para Pico-Union, por lo tanto, refleja reestructuraciones económicas más amplias y fue forjada, como parte de la periodicidad del capitalismo tardío, en tres frentes: la privatización o delegación del Estado de bienestar, el incumplimiento del contrato social post-fordista con el sector laboral y el énfasis en el consumo más que en la producción.

La orden es extraña porque, según su organización espacial, en teoría a estos pandilleros no les prohíbe “mezclarse” fuera de su barrio. Tal como un pandillero me dijo: “Tan pronto como cruzas la frontera, digamos por ejemplo, la Avenida Normandie, la orden ya no se te aplica y la policía, en la división siguiente, no te conoce, porque sus unidades *CRASH* (“Recursos Comunitarios contra los Maleantes de la Calle”) sólo trabajan con la pandilla, en ese barrio”. En

este sentido, la orden parecería funcionar de forma muy distinta a otras bastante conocidas de legislación espacial, por ejemplo, las de la frontera de Estados Unidos con México o en Sudáfrica con el sistema del *apartheid*. La orden no está dirigida a las fronteras entre países o barrios; no significa confinamiento en el barrio y tampoco se enfoca a la violencia, producida por la intervención de otro orden, como sería pandilleros que entran en un territorio rival.

La orden está más bien dirigida al territorio del barrio y está atada a su geometría, tal como aparece en los mapas y ha sido determinado por la estructura misma de la pandilla. Las leyes contra la vagancia, en efecto, golpean el corazón de la pandilla, su razón de ser y su *modus operandi*: “el vacil” con sus *homeboys* en el barrio. Este último término se deriva del verbo vacilar, la otra cara de vagar, y los dos están íntimamente vinculados a la calidad peatonal del barrio —el uso cotidiano del

medio ambiente construido. Si el pandillero desea evitar la cárcel por violación de la orden, él o ella tiene dos opciones: abandonar las calles o el barrio. La utilización de leyes contra la vagancia, en las calles, pone al pandillero bajo arresto domiciliario —al menos dentro de los límites del barrio— o lo fuerza al exilio, al desalojarlo, si se quiere, de las calles del barrio.

Estas restricciones microfísicas, que limitan el movimiento cotidiano, tienen implicaciones enormes para la socialidad de la calle, en general. En la teoría urbana, hasta hace poco, Los Ángeles ha sido vista como la demostración extrema de la desaparición del espacio público, de la destrucción de cualquier espacio urbano verdaderamente democrático (Sorkin, 1992; Davis, 1992) y con la “muerte de la calle” (Holston, 1989, pp. 101-136). El barrio es uno de los pocos espacios, en el medio ambiente contemporáneo construido, en Los Ángeles donde la circulación peatonal existe fuera de los parques temáticos (como *Disneyland*) y de los centros comerciales de *Universal City Walk* o *3rd Street Promenade*, en Santa Mónica. Pero en Pico-Union, la circulación peatonal está bajo ataque constante. Durante mi trabajo de campo, algunos padres se quejaron porque sus hijos volvían a casa hasta con tres multas diarias por *jay walking* (cruzar en medio de la calle, en vez de hacerlo en la esquina), por bloquear la acera o por asociación ilícita. Tal como un joven se quejó con un grupo de vecinos preocupados: “Me ponen una multa por nada. Es solamente un método para sacarnos de las calles. Ellos saben que no podemos pagar. Y si no pagas, eventualmente recibes una orden de arresto, y luego vas a la cárcel, y luego obtienes libertad condicional, y luego esperas para que te capturen de nuevo, por asociación impropia y te encarcelen de nuevo”.

Aunque no discutiría que la orden es un ejemplo puro del panopticismo de Foucault —es apenas económico o eficiente—, comparte ciertas características: la repartición espacial, a través de la penetración y regulación de los detalles más pequeños de la vida cotidiana. Y aunque el mini-centro comercial, en Alvarado y Pico, no se encuentra en el orden tecnológico postmoderno del “edificio inteligente” de Mike Davis”, es una parte integral de la reconstrucción del barrio como una “ciudad carcelaria” (1990, pp. 221-264). Esta reingeniería de la calle es perfeccionada por otra figura clave, que quizás, en un nivel formal, está más próxima a la noción del panopticismo de Foucault, el helicóptero en el cie-

lo y su vigilancia nocturna constante, sus inspecciones hacia adelante y hacia atrás, a lo largo de las calles y callejones del barrio, el cual observa con cuidado las ventanas de los edificios de apartamentos, donde se encuentran los pandilleros, por decirlo de alguna manera, bajo arresto domiciliario.

Tomemos, por ejemplo, el lamento de una madre y sus miedos por sus niños. Cada noche, explicó, salía al balcón de su edificio de apartamentos de cinco pisos —la elegante y graciosa arquitectura de Los Ángeles de los años veinte, ahora convertida en edificio de alquiler del centro deteriorado— y miraba al helicóptero que asoma arriba, desde donde la observaba. “Ellos deben conocer mi cara ahora, tienen una foto mía”, dijo, mientras enmarcaba su cara con sus manos y la ladeaba. “Siempre que estoy *balconeando*, siempre están allí, sobre mí. Ellos deben tener una fotografía de cerca de mi cara, observando con atención para arriba, en el cielo con esa mirada preocupada, preguntándose, siempre preguntándose: ‘¿A quiénes buscan? ¿Dónde está mi hijo? ¿Qué cosa terrible ha sucedido o está cerca de suceder?’”.



Aunque la orden actúa a escala local, sus efectos son globales. Sus prácticas vigilan de forma eficaz los límites de la comunidad nacional, en las calles del barrio de emigrantes. Cuando hice mi investigación, 10 mil pandilleros de la "Lista de pandillas de California" fueron seleccionados como candidatos para ser deportados. Los agentes Servicio de Inmigración y Naturalización y de la patrulla fronteriza mantuvieron una presencia regular en el Departamento de Policía de Los Ángeles, cuyas instalaciones llenan y vacían. De hecho, el encarcelamiento seguido por la deportación al sur se ha convertido en una estrategia gerencial clave para el norte. Ambas teorías del medio ambiente construido y de la gobernabilidad necesitan, por lo tanto, echar una mirada más allá de las fronteras del Estado-nación para poder explicar estas mediaciones locales y globales.

La orden descansa sobre una trinidad similar a la de las fuerzas sociales como "Reconstruir Los Ángeles", de la cual deriva su autoridad moral: la empresa privada, el Estado y la comunidad. El nombre de archivo del caso es, después de todo, "El pueblo contra la pandilla de la Calle 18" y el concepto de comunidad ha sido construido con las siglas CRASH o "Recursos Comunitarios contra *Maleantes de la Calle*" (énfasis mío). Como diputada DA, Lisa Fox, autora de la orden, me explicó: que pretendía "ayudar a la comunidad a retomar sus barrios". La pregunta que surge, entonces, es quién es esta comunidad.

¿Quiénes son el pretendido agente y el beneficiario de la restauración de esta armonía socioespacial? Según el mismo "Recursos Comunitarios contra *Maleantes de la Calle*", el comité de vigilancia del barrio Pico-Union. Este es el único organismo que representa las preocupaciones de la comunidad, incluidas en el expediente del caso, pero pocas personas asisten a sus reuniones. Los residentes del barrio dicen que temen la venganza de los pandilleros. No desconozco este miedo, pero el peso relativo dado a las declaraciones proporcionadas por los policías, empleados gubernamentales, los vigilantes privados de seguridad, los dueños de los negocios, por un lado, *versus* el proporcionado a los residentes del barrio, por el otro lado, es abrumador. Y los residentes de la comunidad incluidos son, con una excepción, los propietarios de los negocios, una casta rara en Pico-Union, donde la vivienda disponible es casi exclusivamente para alquilar. Los que aquilan esas propiedades no aparecen entre los tes-

timonios de la comunidad — los vendedores ambulantes, los empleados por el día, los porteros, las empleadas domésticas, los jardineros y las niñas — madres de la juventud que "Recursos Comunitarios contra *Maleantes de la Calle*", identifica como tales. La orden se fundamenta así en una exclusión social similar a la de la estrategia de reconstrucción del plan "Reconstruir Los Ángeles": los trabajadores pobres que residen en el centro de la ciudad de Pico-Union.

6. Dentro de *Jack in the Box*

Avancemos, una vez más, a *Jack in the Box*, esta vez, al verano del año 2000. En esta ocasión almuerzo en *Jack in the Box* de la intersección de Pico y Hoover. La fachada de este negocio de comida rápida, desde afuera, es idéntica a la de cualquier otro *Jack in the Box*, pero desde su interior, se lee de otra manera. Mis colegas, Magdaleno, Melly, Cristina y yo ordenamos nuestra comida, a través de una ventana blindada, que protege a los trabajadores de apoyo y a las cajeras de su clientela. Todas las transacciones legítimas — el intercambio de dinero por comida — son realizadas, a través de gavetas, que solo pueden abrirse a un lado a la vez. La posibilidad del uso ilícito de balas, cuchillos, dinero o drogas está, por lo tanto, cuidadosamente restringida por la arquitectura de este *Jack in the Box*, el cual — en su interior — parece más bien un banco o una cárcel de alta seguridad. Dentro de *Jack in the Box*, el desarrollo y la vigilancia policial se han combinado para controlar los espacios de consumo, en este barrio, y para ordenarlo por vías de circulación aceptables frente a la demanda "creciente" de, entre otras cosas, bienes intoxicantes.

Mis acompañantes y yo acabamos de salir del Juzgado Criminal del Condado de Los Ángeles, en el centro de la ciudad, donde tuvo lugar una audiencia para anular la condena por felonía de Alex — un colega de Magdaleno y mío, hermano de Melly y novio de Cristina. Sentados en bancos de colores amarillo y rojo, comemos hamburguesas con papas fritas y tomamos batidos, mientras nuestra conversación discurre sobre los complicados argumentos legales de la mañana y sobre la compleja relación entre la ley criminal y la de inmigración, la cual es interrumpida constantemente por las conversaciones telefónicas de Melly y Cristina con sus novios y sus amigas y amigos: ¿dónde conseguí mi fabulosa mochila deportiva roja con estuche de celular incorporado? ¿Dónde puede Cristina hacerse

las uñas para que luzcan como las de Puppet, quien acaba de salir de “Juvy” y se ve muy “caliente”? ¿Cuándo podemos ir al centro comercial abierto de *Universal Studios*, City Walk, a ver una película y a ser vistos? ¿Pueden ir con Magdaleno a un mercado del sur-centro de Los Angeles a comprar *Dickies*, peines y aceite *Tres Flores* para el pelo, para sus amigos deportados a El Salvador? ¿Puedo llevarlos el fin de semana del día del padre, a ver al papá del hijo de Cristina, quién está en prisión, y a Alex, quien —después de ser arrestado por los agentes de Rampart— está detenido en un centro del Servicio de Inmigración y Naturalización? Cuando Magdaleno pide prestado el celular para confirmar su próxima reunión, Cristina le recomienda ser breve y agrega, con una sonrisa jactanciosa por su última adquisición, “No es público. ¡Apúrate!, ¡apúrate!”. La excitante charla sobre consumo se entrelaza, tal cual, con signos de encarcelamiento y deportación, que choca contra el telón de fondo de la renovación y la vigilancia policial, combinadas con la arquitectura, en este *Jack in the Box*.

7. El espacio vacío de lo social

Hasta ahora, he delineado los contenidos específicos y las intersecciones de los discursos espacio-culturales, de las prácticas de renovación y de las leyes que las complementan, a través de una arqueología del medio ambiente destruido y reconstruido de la esquina de Pico-Union. Me gustaría terminar como comencé, con una discusión sobre la forma cómo el Estado y la empresa privada se apropian de la “comunidad”, haciendo de ella una unidad social incondicional, otorgándole una homogeneidad unánime, y de aquello que las imágenes de la policía y el desarrollo excluyen de una manera estratégica. Tanto la junta directiva de “Reconstruir Los Ángeles” como los archivos de “Recursos Comunitarios contra Maleantes de la Calle” incluyen una representación de comunidad, pero en ambos casos, la representación, en sí misma, no es el problema. El problema es, más bien, las restricciones impuestas a la participación legítima, al definir los términos de la representación. Estas limitantes estructurales no permitieron la creación de visiones sólidas e inclusivas para la revitalización comunitaria.

En su libro, *Evictions*, Deutsche anota que “la comunidad”, como un referente para un poder de origen externo, trasciende, convenientemente, la naturaleza política controvertida del espacio urbano, fuera y dentro de los límites de los barrios de la



ciudad. Lefort (1988) evoca la maravillosa imagen del espacio vacío de lo social y las formas cómo “los guardianes del espacio público” intentan ocupar, llenar y tomar posesión de ese “espacio vacío” con “la gente”, la cual, en las sociedades democráticas, es el centro del poder (1996, pp. 273-275). “Reconstruir Los Ángeles” propuso su estrategia de revitalización de predios baldíos para limpiar aquellos cuyo “deterioro”, argumentaban, “ocasiona basureros ilegales y acumulación de basura y crimen”. La sigla original de “Recursos Comunitarios contra Maleantes de la Calle”, *CRASH*, era, de hecho, *TRASH*: “Recursos Totales contra los Maleantes de la Calle”. Pero no sonaba bien con la “comunidad”. Como basura social, el *saqueador* y el *maleante*, quienes una vez fueron intrusos, ahora son figuras fantasmales, que frecuentan el paisaje ruinoso y reconstruido de Pico-Union —arrestados, encarcelados, deportados o exiliados—, señalan los límites autoritarios de la democracia así como la naturaleza opresiva de la reestructuración urbana contemporánea. Desde la perspectiva de la responsabilidad social, los dos “guardianes del es-

pacio público” considerados aquí —“Reconstruir Los Ángeles” y “Recursos Comunitarios contra Maleantes de la Calle”— invocan la palabra “comunidad” para reconstruir y retomar ese “predio baldío de lo social”, en la esquina de Pico y Alvarado. En esta “esquina problemática”, al menos, el proyecto dual de captura de un mercado dócil y de vigilancia policial de un mercado peligroso ha sido combinado de una forma integral. Los jóvenes pandilleros emigrantes son solo el sitio más sancionado públicamente con vistas a manejar las presiones de la globalización y vigilar los límites de la comunidad nacional. La relación dialéctica y compleja entre el re-desarrollo y la aplicación de la ley operan a través de la “comunidad” para excluir la actividad principal del trabajo del emigrante: los trabajadores pobres, quienes sirven en los centros del capital financiero global y a sus hijos.

Referencias bibliográficas

- Agee, James y Walker Evans (1941). *Let Us Now Praise Famous Men*. Boston, Houghton Mifflin company.
- American Civil Liberties Union (1997). *False Premises: The Blythe Street Gang Injunction and Its Aftermath*. Los Angeles, American Civil Liberties Union of Southern California.
- Amnesty International (1992). *Torture, Ill-Treatment and Excessive Force by Police in Los Angeles*. Amnesty International.
- Blanchard, Marc (1992). “Lost in America”. En *Cultural Anthropology* 7 (4) 496-507.
- Brimelow, Peter (1992). “Time to Rethink Immigration: The Decline of the Americanization of Immigrants”. *The National Review* 44, pp. 30-46.
- Buck-Morss, Susan (1989). *The Dialectics of Seeing: Walter Benjamin and The Arcades Project*. Cambridge, MIT Press.
- California Penal Code (1988). *California Street Terrorism Enforcement and Prevention Act*. Section 186.20-186.331.
- Cohen, Stanley (1980). *Folk Devils and Moral Panics: The Creation of the Mods and Rockers*. New York, St. Martin’s Press.
- Crawford, Margaret (1999). “Introduction”, en *Everyday Urbanis*, John Chase y John Kalisli (eds.). New York, Monacelli Press, pp. 8-35.
- Davis, Mike (1990). *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles*. London, New York, Verso.
- Davis, Mike (1992). “Beyond Blade Runner: Urban Control the Ecology of Fear”. *Open Magazine Series* 23, pp. 1-20.
- Davis, Mike (2000). *Magical Urbanism: Latinos Reinvent the US City*. London, New York, Verso.
- De Certeau, Michel (1984). *The Practice of Everyday Life*. Berkeley, University of California Press.
- Debord, Guy (1981). “Theory of the Dérive”. En K. Knabb (ed.), *Situationist International Anthology*, pp. 50-54. Berkeley, Bureau of Public Secrets.
- Deutsche, Rosalyn (1996). *Evictions: Art and Spatial Politics*. Cambridge, MIT Press.
- Feldman, Allen (1991). *Formations of Violence: The Narrative of the Body and Political Terror in Northern Ireland*. Chicago, University of Chicago Press.
- Ferguson, James (1990). *The Anti-Politics Machine: “Development”, Depoliticization, and Bureaucratic Power in Lesotho*. Cambridge y New York, Cambridge University Press.
- Foucault, Michel (1979). *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. New York, Vintage Books.
- Gupta, Akhil y James Ferguson (1992). “Beyond Culture: Space, Identity and the Politics of Difference”. *Cultural Anthropology* 7 (1) 7-23.
- Hall, Stuart y Chas Critcher, Tony Jefferson, John Clarke, Brian Roberts (1978). *Policing the Crisis: Mugging, the State, and Law and Order*. New York, Holmes & Meier.
- Harvey, David (1989). *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Oxford y New York, Blackwell.
- Holston, James (1999). “The Modernist City and the Death of the Street”. En Setha Low (Ed.), *Theorizing the City: The New Urban Anthropology Reader*, pp. 101-136. New Brunswick, Rutgers University Press.
- Jameson, Fredric (1991). *Postmodernism or the Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham, Duke University Press.
- Justice for Janitors (1992). *Low-wage Workers March to Demand that Ueberroth and RLA Put People First!* Press advisory, December 15.
- Labor Community Strategy Center (1992). *Reconstructing Los Angeles from the Bottom Up: Long-term Strategy for Workers, Low-Income People and People of Color to Create an Alternative Vision of Urban Development*. Los Angeles: LCSC.
- Landolt, Patricia y Lilian Autler, Sonia Baires (1999). “From Hermano Lejano to Hermano Mayor: The Dialectics of Salvadoran Transnationalism”. *Ethnic and Racial Studies* 22(2) 290-315.
- LeFebvre, Henri (1994). *The Social Production of Space*. Cambridge y Oxford, Blackwell.
- Lefort, Claude (1988). *Democracy and Political Theory*. Minneapolis, University of Minnesota Press.

- Limón, José (1994). *Dancing with the Devil*. Madison, University of Wisconsin Press.
- Lopez, Robert y Ted Connell (1996). "Troubled Corner". *Los Angeles Times*, 18 de noviembre de 1996.
- Los Angeles Times editorial board (1992). "Why Ueberroth and Rebuild Los Angeles Must Not Fail". *Los Angeles Times*, 2 de noviembre de 1992.
- Mydans, Seth (1992). "Criticism Grows Over Aliens Seized During Riots". *New York Times*, 29 de mayo de 1992.
- Olney, Warren (1999). "The LAPD's anti-gang CRASH unit. Which way L.A.?". *KCRW Radio*, 29 de septiembre.
- RAND Corporation (1992). *Report on Los Angeles Riot*. Los Angeles: RAND Corporation.
- Rebuild Los Angeles (1992-1997). *Rebuild L.A. Collection*, Collection Number CSLA-6, Center for the Study of Los Angeles, Von de Ahe Library, Loyola Marymount University, Los Angeles, California.
- Rouse, Roger (1991). "Mexican Migration and the Social Space of Postmodernism". *Diaspora*, pp. 8-23.
- Sassen, Saskia (1996). "Whose City Is It? Globalization and the Formation of New Claims". *Public Culture* 8(2) 205-224.
- Soja, Edward (1989). *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London y New York, Verso.
- Sorkin, Michael (1992). *Variations on a Theme Park: The New American City and the End of Public Space*. New York, Hill and Wang.
- Stewart, K. (1996). *A Space on the Side of the Road: Cultural Poetics in an "Other" America*. Princeton, N. J., Princeton University Press.
- Stewart, K. (2000). "Where Public Meets the Private and the American Dream Meets its Nightmares". Ponencia presentada en Annual Meeting of the American Anthropological Association, San Francisco, noviembre.
- Tobar, Héctor (1997). "Riots' Scars Include 200 Still-Vacant Lots". *Los Angeles Times*. 21 de abril de 1997.
- Weinstein, Henry (1992). "Janitors Lash Out at Rebuild L. A. in Rally". *Los Angeles Times*, 18 de diciembre.
- Zellers, James (1992). "Third World Wages Won't Rebuild L. A.". *Los Angeles Times*, 9 de diciembre.
- Zilberg, Elana (1999). "Falling Down in El Norte: A Cultural Politics of the ReLatinization of Los Angeles". *Wide Angle* 20 (3) 182-209.
- Zilberg, Elana (2002). "From Riots to Rampart: A Spatial Cultural Politics of Salvadoran Migration to and from Los Angeles". Tesis doctoral, Department of Anthropology, University of Texas at Austin.